



XIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

07 de agosto de 2022

ANIMADOR: Comenzamos esta celebración en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos vosotros. **R/ Y con tu Espíritu.**

MONICIÓN DE ENTRADA

Seguimos este año leyendo el evangelio según san Lucas y aprendiendo las enseñanzas de Jesús. Hoy nos va a decir que la vigilancia y el estar atentos a su presencia nos es muy importante para poder recibirlo. Estar con Dios es una felicidad. Todos queremos ser felices pero tantas veces no encontramos la manera de serlo. Hemos de preguntarnos si queremos ser felices como Dios quiere o como quieren nuestros tiempos que nos ofrecen valores insuficientes. Jesús nos dice que la felicidad consiste en responder a la llamada de Dios. Y si queremos responder a Dios tenderemos que dejar la indiferencia, la pasividad, los cansancios y las rutinas. Hemos de vivir vigilantes y atentos, como buenos servidores de Dios.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

En Jesús somos llamados a formar un pueblo santo, pero nuestras limitaciones y pecados nos hacen olvidar esta vocación. Confiamos en el Señor:

- Tú que nos das el don de la fe para que vivamos en tu presencia,
R/ Señor, ten piedad.

- Tú que nos llamas a vivir confiando sólo en ti,
R/ Cristo, ten piedad.

- Tú que nos dices que hemos de amarte a ti amando a los demás,
R/ Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

GLORIA

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres



que ama el Señor.
Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,
te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.
Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
Tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra suplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh, Dios, protector de los que en ti esperan y sin el que nada es fuerte ni santo; multiplica sobre nosotros tu misericordia, para que, instruidos y guiados por ti, de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros que podamos adherirnos ya a los eternos.

Por Jesucristo, Nuestro Señor.

R/ Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro de la Sabiduría (18, 6-9)

La noche de la liberación les fue preanunciada a nuestros antepasados, para que, sabiendo con certeza en qué promesas creían, tuvieran buen ánimo. Tu pueblo esperaba la salvación de los justos y la perdición de los enemigos, pues con lo que castigaste a los adversarios, nos glorificaste a nosotros, llamándonos a ti. Los piadosos hijos de los justos ofrecían sacrificios en secreto y establecieron unánimes esta ley divina: que los fieles compartirían los mismos bienes y peligros, después de haber cantado las alabanzas de los antepasados.
Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.



Salmo responsorial Sal 32, 1.12.18-19.20.22

R. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

Aclamad, justos, al Señor, que merece la alabanza de los buenos. Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él se escogió como heredad.

R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre.

R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.

R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos (11, 1-2.8-19)

Hermanos:

La fe es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve. Por ella son recordados los antiguos. Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas, y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios. Por la fe también Sara, siendo estéril, obtuvo “vigor para concebir” cuando ya le había pasado la edad, porque consideró fiel al que se lo prometía. Y así, de un hombre, marcado ya por la muerte, nacieron hijos numerosos, como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas. Con fe murieron todos estos, sin haber recibido las promesas, sino viéndolas y saludándolas de lejos, confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra. Es claro que los que así hablan están buscando una patria; pues si añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver. Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo. Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios: porque les tenía preparada una ciudad. Por la fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac: ofreció a su hijo único, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: «Isaac continuará tu descendencia». Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar de entre los muertos, de donde en cierto sentido recobró a Isaac.

Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.

Se invita a ponerse de pie.

[Canto del Aleluya]



EVANGELIO:

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (12, 32-48)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. Tened ceñida vuestra cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los hombres que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame. Bienaventurados aquellos criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; en verdad os digo que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y, acercándose, les irá sirviendo. Y, si llega a la segunda vigilia o a la tercera y los encuentra así, bienaventurados ellos. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, velaría y no le dejaría abrir un boquete en casa. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre». Pedro le dijo: «Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?». Y el Señor dijo: «¿Quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para que reparta la ración de alimento a sus horas? Bienaventurado aquel criado a quien su señor, al llegar, lo encuentre portándose así. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes. Pero si aquel criado dijere para sus adentros: “Mi señor tarda en llegar”, y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles. El criado que, conociendo la voluntad de su señor, no se prepara ni obra de acuerdo con su voluntad, recibirá muchos azotes; pero el que, sin conocerla, ha hecho algo digno de azotes, recibirá menos. Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará; al que mucho se le confió, más aún se le pedirá».

Palabra del Señor

R/ Gloria a Ti, Señor Jesús

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

XIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO–CICLO C- LUCAS (12, 32-48)

Dice la segunda lectura de este domingo: «la fe es seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve»; pero el refrán dice: “más vale pájaro en mano que ciento volando”. Si no fuera porque sabemos que Dios cumple lo que promete, sería insensato esperar algo que no ven nuestros ojos. En la primera lectura, el libro de la Sabiduría nos ha recordado que a los descendientes de Abrahán, sometidos a dura esclavitud en Egipto, se les anunció la liberación de antemano «para que tuvieran ánimo al conocer con certeza la promesa de la que se fiaban».



Hoy, la Palabra de Dios nos invita a confiar en la seguridad que la fe proporciona. Quienes creemos en Jesucristo resucitado esperamos que la vida sea eterna y, además, que sea una vida en plenitud, que no se vea amenazada por sombra alguna de caducidad, de sufrimiento, de corrupción o de tristeza; y esperamos que esta vida alcance a los que amamos y nos aman, una vida que satisface plenamente. Por eso, nos confortan las palabras de Jesús con las que se inicia el evangelio de este domingo: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino».

Los dos últimos Papas —Francisco y Benedicto— nos han ofrecido, en sendas encíclicas sobre la fe y la esperanza, unas hermosas reflexiones en las que exponen que la fe es «prueba» o «seguridad» de que llegará lo que esperamos. Siguiendo la segunda lectura de este domingo, hacen desfilar ante nuestros ojos a los grandes creyentes del antiguo Israel, nos recuerdan la peripecia personal de cada uno de ellos y afirman que su esperanza se vio cumplida, no fue vana: Abrahán tomó la comprometida decisión de ponerse en camino con toda su familia hacia lo desconocido; Sara tuvo el valor de confiar que la maternidad que se le prometía, aunque ella era de edad avanzada, no era una ilusión que pudiera dejarla en ridículo ante sus vecinos y familiares; los esclavos hebreos en Egipto vislumbraron la aurora de la liberación, a pesar del poder del faraón opresor.

La fe les dio arrestos para abandonar la seguridad que proporcionaba lo que estaban palpando con las manos y esperar un sueño que parecía inalcanzable. Esto es posible cuando, apoyados en la promesa de Dios, confiamos en la fuerza de lo débil frente al poder. Esta confianza nos hace capaces de poner en práctica la recomendación de Jesús: «vended vuestros bienes, y dad limosna; haceos talegas que no se echen a perder, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones, ni los roe la polilla».

En la raíz de la increencia, que afecta a tantos hermanos nuestros, está una profunda ausencia de confianza en Dios, alimentada por una especie de alergia a hacerse algunas preguntas indispensables para todo ser que piensa: ¿por qué he llegado a la vida? ¿por qué deseo que ésta se prolongue y sea feliz? ¿qué puedo esperar después de esa muerte que tanto me entristece? Hacemos mal cuando silenciamos estas preguntas; nuestros padres en la fe reconocían “la fuente de bondad que hay en el origen de todas las cosas”, y se daban cuenta de que “su vida no procede de la nada o de la casualidad, sino de una llamada y un amor personal”. El Dios misterioso que nos llama no es un extraño, sino que es origen de todo y nos sostiene en la existencia.

Por ello, el evangelio nos invita a la vigilancia: «tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas», atentos para recibir al Señor cuando llegue. Con unas breves parábolas, Jesús exhorta a los creyentes a permanecer vigilantes: nos dice que estemos «como los criados que esperan que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame», y nos advierte que la hora de su llegada es incierta: «comprended que si supiera el dueño de la casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete», por lo que la conclusión



es clara: «lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del Hombre». Con este toque de atención, no pretende sembrar la inquietud y el miedo en nuestro ánimo, sino la vigilancia y la fidelidad. Jesús inició esta exhortación con el entrañable tono de quien dice a los suyos: «no temas, pequeño rebaño»; ¿cómo no va a concluir la sembrando confianza y responsabilidad en nuestros corazones?

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Nos dirigimos a Dios con ánimo confiado. Repetimos después de cada petición: ***“Te rogamos, óyenos”***.

- 1.-** Acude Señor, en ayuda de los que gobiernan las naciones para que tengan sentimientos de paz y de justicia, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.
- 2.-** Te pedimos por todos los que sufren en su cuerpo o en su espíritu: acompáñalos y dales tu consuelo y tu gracia, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.
- 3.-** Concede, Señor a los jóvenes la realización de sus esperanzas y que sepan responder a tu llamada en el transcurso de su vida, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.
- 4.-** Te pedimos también por los niños: que sean educados en la fe y crezcan siempre en sabiduría y en gracia, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.
- 5.-** Acoge a los difuntos en tu reino, donde también nosotros esperamos reinar un día contigo, roguemos al Señor: ***R/ “Te rogamos, óyenos”***.



Escucha, Padre, nuestra oración y danos ilusión para trabajar por ir construyendo un mundo mejor a nuestro alrededor. Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador de la comunidad toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. Mientras tanto se puede entonar un CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Ayúdanos, Padre, a vivir en medio de nuestros trabajos de cada día sintiéndonos siempre hijos tuyos y hermanos de todos los hombres.
Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

Santa María, Reina de todos los santos,
Ruega por nosotros.
El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

Bendigamos al Señor.
R/ Demos gracias a Dios.